

gaba generosa libertad, fiado, como siempre, en las promesas y buenas palabras —habladas y escritas— de Francisco Pizarro, el veterano compañero en la conquista.

Hernando, el vengativo y rencoroso Hernando, ha decidido la muerte de Don Diego. A espaldas de su hermano y jefe se ejecutará inmediatamente la sentencia. (Dejemos a un lado criterios de respetables historiadores sobre este punto, aún no esclarecido, en el que no sale muy bien parada la fama del Marqués). Hernando ha permitido durante dos largos meses, con refinada crueldad, que Diego de Almagro se hiciese ilusiones de recobrar la libertad perdida. Y desoyendo las razonadas y siempre viriles súplicas del decaído prisionero, le anuncia su muerte y le recomienda que ordene su alma con Dios.

Diego de Almagro sabe ahora positivamente que no hay esperanza. Ante notario hace su testamento: designa como sucesor a su hijo Diego, el que hubo con aquella bella india panameña, bajo la tutela del capitán Diego de Alvarado; y por heredero de todos sus bienes, al mismo Emperador Carlos V, quizá con la ilusionada esperanza de que algún día haga la debida justicia al crimen que se va a cometer.

Confiesa y comulga contritamente... Ya espera el instante final. El verdugo — ¡triste misión la de aquel hombre, que cuatro años después sería también ejecutor del joven Diego! — aprieta la garra de la horca en el cuello... El cuerpo seccionado del Adelantado Don Diego de Almagro cae exánime.

¡Pero aún no es suficiente! La venganza repugnante de Hernando Pizarro no se sacia con esta ejecución, que tiene ahora una segunda parte, más macabra aún: en la plaza principal de la Cuzco incaica, ante una multitud atemorizada y sobrecogida, el golpe seco del hacha del verdugo separa la cabeza del tronco. Y mientras un alguacil vocea el pregón de infamia: «Esta es la justicia que manda hacer S. M. y Hernando Pizarro en su nombre...», las gentes se retiran en silencio. Un silencio más preñado de amenazas que la peor tempestad de gritos.

Y allí quedó la cabeza de Diego de Almagro, con su único ojo espantosamente abierto, goteando sangre en el garfio de la ignominia...

Aquel 8 de julio de 1538 era el primer acto de la tragedia

HAY MUERTES...Y MUERTES

M

ORIR, Señor! ¡Pero de esta manera...!

La figura prócer de Diego de Almagro sufrió una ejecución doble: ahorcado primero y decapitado después. Peor aún que el más abyecto de los criminales.

Ciertamente que un trágico destino se cernió al final de la inmensa mayoría de aquellos ínclitos conquistadores, navegantes y aventureros. El mismo Pizarro moriría después, asesinado por los vengativos almagristas; pero, al menos, luchando como un héroe y besando la Cruz que trazara en el suelo con su propia sangre. Y Valdivia, el gran continuador en la empresa de Chile, caería ante la indómita fiera de los valientes araucanos. No fué más afortunado Solís, el descubridor del Plata, devorado por los antropófagos guaraníes. Ni el esforzado Magallanes, acribillado por las flechas envenenadas de los indígenas de Mactán. Ni Juan de Ayolas, el explorador del Paraguay y fundador de la Asunción, ase-